



# El placer de leer literatura infantil y juvenil

El placer de leer literatura infantil y juvenil (LIJ) tiene que ver con la diversión que provoca, con la maravillosa posibilidad escapista que ofrece: huida voluntaria que nos permite visualizar en la representación metafórica del mundo nuestros problemas, debilidades y fortalezas. Los textos establecen una relación íntima con la persona lectora, quien mantiene en su memoria ciertos pasajes, personajes o emociones que revive a lo largo de toda su existencia.

**M**uchas personas que han dedicado su vida a la literatura fueron en su infancia grandes lectores. Todos conocemos la leyenda del niño Borges, que hizo su primera traducción, “El príncipe feliz”, cuento clásico de Oscar Wilde, a los nueve años de edad. Podríamos preguntarnos qué hizo que alguien tan joven dedicara tiempo y energía a esta difícil tarea. Es imposible saber la respuesta, pero como fue un ejercicio recurrente del autor, podemos deducir que deseaba compartir con otros la experiencia lectora que había sido tan importante para él. O quizá deseaba tejer entre las líneas del texto original una magia propia y personal, producto de su recepción. Quizá de este proceso cocreativo nació “Pierre Menard, autor del Quijote”, homenaje al lector anónimo pero esencial; ése, que revitaliza las obras con nuevo fulgor.

Un secreto subyace detrás de la anécdota referida, un secreto que permanece oculto detrás de las aburridas clases de los adultos, de sus eternos exámenes y de sus constantes exigencias: *leer es divertido*. Sí, es divertido.

Al abrir el libro, los demás desaparecen. No se escucha lo que pasa a nuestro alrededor. Las cosas callan, el espacio y el tiempo se esfuman, la emoción nos embarga y siempre hay el terrible peligro de que alguien rompa el hechizo. Tú quisieras que nadie te viera, creyendo que de verdad estás ahí, cuando en realidad estás muy lejos, en un mundo paralelo.

Los libros que nos acompañan durante la infancia y la adolescencia se convierten en amigos entrañables. Se recuerdan con nostalgia, a veces con imprecisión,





porque los detalles se pierden en la neblina de la memoria. Pero hay pasajes que refulgen vívidamente y no se oscurecen nunca. Esas lecturas construyen nuestro imaginario, nuestros ensueños, nos permiten forjar nuevos rumbos y aventuras para los personajes que ya son nuestros guías o amigos. Mas todas estas cosas suceden en lo íntimo, nos construyen en lo profundo. Son personales, a menos que podamos contar con la complicidad del otro; otro, que sabe del arte de los sueños que promueve la literatura infantil y juvenil; otro, que los comparte y comprende.

El placer de leer literatura infantil y juvenil radica en su carácter subversivo. Nada más aburrido que los textos protocolarios, didácticos o moralizantes que les recetan a la mayoría. Nada más tedioso que la mala escritura o las ñoñadas que redactan las personas de bien que aman a los niños y que deciden darles lecciones edulcoradas a través de la escritura.

Nada más horrible que el sermón, el regaño y los buenos ejemplos llenos de dulces palabras y falsos sentimientos. Ni las buenas ilustraciones logran salvar a los malos textos. Sin embargo, se siguen publicando. Y lo peor es que se siguen vendiendo.

Hay un cierto desprecio hacia el receptor infanto-juvenil. He llegado a escuchar que los libros se publican para los adultos que los compran, porque se desconfía de la capacidad que tienen los chicos para elegir un texto. Y uno se pregunta por qué. ¿Quién les fomenta que sólo Disney es divertido? ¿Quién compra los textos color de rosa para las niñas y azules para los niños? ¿Quién busca historias sin complicaciones o con pocas palabras? ¿Quién regala libros aburridos? ¿Quién les transmite que los libros con imágenes son sólo para niños pequeños? Todos son prejuicios heredados que no crean buenos lectores. Éstos se hacen con el ejemplo, con los retos, con buenos materiales; esto es, con verdaderos textos literarios que forjan esa pasión por la lectura de la que hablaba Michael Ende en la maravillosa *Historia interminable*: espacio libertario hecho de palabras que son conjuros, artífices mágicos del asombro y del embeleso. Nuevos seres surgen ante su poder, entes plenos de vida con quienes nos hermanamos y enfrentamos los peligros, los retos, los triunfos.

En la Antigüedad, el joven debía pasar por pruebas importantes para su aprendizaje y crecimiento an-

tes de ingresar en la sociedad, y los narradores orales les hablaban de los grandes héroes y sus hazañas para inspirarlos. Actualmente, como dice Savater, necesitamos revitalizar los mitos, contarnos nuevas historias de nuestro valor, de nuestra fuerza y coraje para que



alimenten nuestra determinación, nuestra lucha frente al mal que es cada vez más complejo y se disfraza con máscaras multiformes de todo tipo.

Frente a este mundo complejo, difícil y peligroso, los textos de la literatura infantil y juvenil pueden iluminar el camino. El aparente escapismo, como decía Tolkien, no es el del cobarde que huye, sino el del reflexivo que ve en la trama la mimesis o representación del mundo, y logra así entender mejor lo que sucede, fuera del caos inmisericorde de la realidad que nos rodea. Es también el triunfo de la esperanza, la “eukatástrofe” tolkieniana. Al final del camino hay una luz que no se pierde del todo, que convoca a los lectores cómplices para que lo aterricen en su vida y en su mundo: el texto de ficción y el texto del mundo se hermanan, incluso en la esperanza.

C. S. Lewis llegó a comentar que para él sólo había una manera válida de escribir literatura infantil, y era cuando correspondía perfectamente con la forma que demandaba su imaginación e intelecto, esto es, cuando fondo y forma se hermanaban de tal modo que no había duda de que era la mejor manera de escribir el texto. Aun siendo un profesor de alto rango de Oxford, no tenía ningún problema con que lo catalogaran como autor de literatura infantil y juvenil; usaba sus grandes conocimientos de lenguaje, historia, arte y mitología para crear relatos tan fuertes que siguen vigentes en el mundo. En una sociedad en guerra, los niños encontraron en la Narnia de Lewis la mejor ilustración del sempiterno conflicto humano, de la eterna lucha y de los grandes valores que nos sostienen.

El placer de leer literatura infantil y juvenil está:

- en su gratuidad;
- en su intensidad;
- en su irreverencia o subversión;
- en su naturaleza lúdica;
- en su luminosidad aun en los más terribles y oscuros caminos;
- en el asombro que produce;
- en su riqueza imaginativa;
- en su provocación;
- en su llamado hacia la complicidad, su creatividad, su inteligencia, su sabiduría, su permanencia y su universalidad;

- en el deleite que provoca;
- en la filiación que desata;
- en la complicidad libertaria;
- en las palabras y su sonoridad;
- en su sentido;
- en su proyección;
- en su riqueza en los afectos; y
- en el intelecto.

Como diría Roland Barthes, el texto demuestra que quiere ser leído cuando provoca placer, está escrito en el gozo y se proyecta en la línea de la actualización o comprensión.

**Laura Guerrero Guadarrama** es coordinadora del posgrado en Letras Modernas y del diplomado en LIJ (Literatura Infantil y Juvenil) de la Universidad Iberoamericana. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha obtenido la Beca de Investigación Científica Básica SEP-Conacyt y el reconocimiento como Caso de Éxito (2012). Ha sido jurado de importantes concursos literarios, como el Premio Iberoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Ediciones SM. Ha organizado múltiples congresos. Entre sus libros destaca *Posmodernidad en la literatura infantil y juvenil* (Universidad Iberoamericana, 2013). Dirige la revista electrónica *LIJ Ibero*. Es miembro de la Red temática LIJMI.

[laura.guerrero@uia.mx](mailto:laura.guerrero@uia.mx)

### Lecturas recomendadas

- Barthes, Roland (1982), *El placer del texto*, trad. Nicolás Rosa, 4a ed., México, Siglo XXI.
- Bloom, Harold (comp.) (2003), *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades*, trad. Damián Alou, Barcelona, Anagrama.
- Chartier, Roger et al. (2001), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, trad. María Marberán y otros, Madrid, Taurus.
- Ende, Michael (1983), *La historia interminable*, México, Alfaguara.
- Petit, Michéle (1999), *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, trad. Rafael Segovia y Diana Luz Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica.
- Tolkien, J. R. R. (1994), *Árbol y hoja y el poema Mitopoeia*, trad. Julio César Santoyo y José M. Santamaría, Barcelona, Ediciones Minotauro.